

Fantasma y redención

Por Rodrigo Fresán

Es lícito pensar que el escritor inglés Charles Dickens inventó a la Navidad tal como la conocemos hoy y que antes de sus novelas y relatos, donde la Navidad funciona siempre como la más transformadora de las epifanías, poco y nada tenía esa festividad religiosa a partir de una ceremonia pagana de las inmensas posibilidades narrativas de las que ahora goza y que contaminan de una agridulce felicidad tanto a una película de Frank Capra como a un *single* de John Lennon como a una pesadilla de Tim Burton.

Es más, hasta es posible que antes de Dickens nunca nevara en Londres durante la noche del 24 de diciembre.

La culpa de todo esto la tiene sin duda su *A Christmas Carol* ("Cuento de Navidad" o "Canción de Navidad" según la traducción que se elija), fantasmal fantasía navideña de 1843 y primero de sus *christmas books* escrito a velocidad dickensiana para contentar a un editor furioso.

Dickens cumplió y el librito se convirtió en un tan inesperado como comprensible best–seller.

Las razones para esto son obvias: *A Christmas Carol* consigue llevar la historia singular del avaro y déspota Scrooge perseguido por los espectros navideños de su pasado, presente y futuro al territorio plural en el que Dickens nos viene ofreciendo año tras año el mejor regalo de todos: la posibilidad cierta de cambiar para mejor durante un día mágico.

"El misterio de la Navidad es en cierto modo idéntico al misterio de Dickens. Imposible explicar uno sin tener claro el otro primero", escribió G.K. Chesterton en su análisis de la obra dickensiana. Y agregó, con cierta malicia, que "parte de su perturbador encanto reside en el hecho de que al final todos son felices pero nadie ha sido dignificado. Tenemos la sensación de que el Scrooge bueno luce aún más feo que cuando era un hombre cruel. El pavo que Scrooge sale a comprar al final de la historia era tan gordo, nos cuenta Dickens, que jamás podría haberse sostenido sobre sus patas. Esa ave monstruosa es, entonces, el mejor símbolo de la agobiante felicidad con que cierra la historia".

Comentarios maliciosos al margen –tener en cuenta que Chesterton escribió esto antes de su conversión al catolicismo cuando, seguramente, la Navidad le inspiraría mayor respeto y credulidad– *A Christmas Carol*, todo él una de las "mejores partes" de Dickens, sigue "funcionando" tan bien hoy como artefacto navideño como cuando acababa de salir de la imprenta.

En lo que a mí respecta, lo siento, siempre sospeché que para el 1º de enero Scrooge ya había vuelto a ser el más perfecto, dedicado y formidable de los cretinos.

Canción de Nav

En realidad, para tratarse de un hombre que no había practicado la risa durante muchos años, fue una carcajada espléndida, una carcajada de lo más ilustre: progenitura de una larga, larga serie de brillantes carcajadas.

Por Charles Dickens

Sí! Y la columna era la de su cama. La cama era su propia cama, y el dormitorio, el suyo. ¡Y lo mejor y más venturoso de todo era que el tiempo que tenía por delante, para enmendarse, también era suyo!

–¡Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro!–repitió Scrooge, saltando de la cama–. Los tres espíritus actuarán dentro de mí. ¡Oh, Jacob Marley! ¡Alabados sean por ello el Cielo y la Navidad! ¡Lo digo de rodillas, viejo Jacob, de rodillas!

Estaba tan nervioso y tan entusiasmado con sus buenos propósitos que su voz quebrada apenas podía expresarlos. Había sollozado intensamente en su pugna con el espíritu y tenía el rostro empapado de lágrimas.

–¡No las han arrancado! –exclamó Scrooge, tomando entre sus brazos una de las cortinas de la cama–. No las han arrancado, ni tampoco las anillas. Están aquí. Yo también estoy aquí. Las sombras de las cosas que habrían sucedido pueden disiparse. Y se disiparán. ¡Claro que sí!

Estaba, mientras tanto, ocupado en vestirse: volvía las prendas del revés, se ponía lo de arriba para abajo, las rompía, se las colocaba mal, haciéndolas partícipes de toda clase de extravagancias.

–¡No sé lo que hago! –dijo Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo y enredándose en sus medias como un perfecto Laocoonte (1). Me siento tan ligero como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Estoy tan aturdido como un borracho. ¡Felices Pascuas a todos! ¡Feliz Año Nuevo a todo el mundo! ¡Eh, aquí! ¡Yuupi! ¡Hola!

Había entrado, brincando, en su cuarto de estar, y ahora se encontraba allí, resoplando con fuerza.

–¡Aquí está la cacerola con las gachas! –exclamó saltando de nuevo y brincando alrededor de la chimenea–. ¡Esta es la puerta por la que entró el fantasma de Jacob Marley! ¡En este rincón se sentó el espectro de la Navidad presente! ¡Por esta ventana vi a los espíritus errantes! ¡Todo está bien, todo es cierto, todo ha sucedido de verdad! ¡Ja, ja, ja!

En realidad, para tratarse de un hombre que no había practicado la risa durante muchos años, fue una carcajada espléndida, una carcajada de lo más ilustre: progenitura de una larga, larga serie de brillantes carcajadas.

–¡No sé qué día del mes es hoy! –dijo Scrooge–. No sé cuánto tiempo he pasado entre los espíritus. No sé nada. Soy como un niño. No importa. No me preocupa. Prefiero ser un niño. ¡Eh! ¡Yuupi! ¡Hola, aquí!

Fue interrumpido en sus transportes de alegría por el repique de campanas más gozoso que oyera en su vida. Golpea, tintinea, martillea, din, don, suena la campana. ¡Suena la campana, din, don, martillea, tintinea, golpea! ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

Corrió a la ventana y, abriéndola, sacó la cabeza al exterior. Ni niebla, ni bruma; un día claro, radiante, jovial, excitante, frío; cálido, si hervía la sangre; luz dorada del sol; cielo divino; dulce aire fresco; alegres campanas. ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

–¿Qué día es hoy? –gritó Scrooge a un muchacho con traje de domingo, que tal vez se había demorado para observarle.

–¿Qué? –respondió el muchacho con una expresión de absoluto asombro.

–¿Qué día es hoy, amiguito? –repitió Scrooge.

–¿Hoy? –replicó el muchacho–. Hoy es Navidad.

–¡Es Navidad! –se dijo Scrooge–. Aún no me la he perdido. Los espíritus lo han hecho todo en una sola noche. Pueden hacer lo que quieren. Claro que pueden. Naturalmente que pueden. ¡Eh, amiguito!

–¿Qué? –respondió el muchacho.

–¿Conoces la pollería, no la que está en la esquina de esta calle, sino en la siguiente?

–Creo que sí –contestó el chico.

–¡Inteligente muchacho! –dijo Scrooge–. ¡Extraordinario muchacho! ¿Sabes si han vendido ya el pavo que estaba allí colgado? No el pavo pequeño; el grande.

–¿Cuál: uno tan grande como yo? –respondió el muchacho. –¡Qué muchacho más agradable! –dijo Scrooge–. Da gusto hablar con él. ¡Sí, jovencito!

–Aún sigue allí colgado –contestó el muchacho.

–¿Aún está allí? –dijo Scrooge–. Ve y cómpralo.

–¡Vamos, ande! –exclamó el muchacho.

–No, no –repuso Scrooge–, te lo digo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí para que pueda darles la dirección a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el tendero, y te daré un chelín. ¡Y si vuelves con él en menos de cinco minutos, te daré media corona!

El muchacho salió disparado como una bala. Habría de tener la mano firme en el gatillo quien pretendiera disparar una bala con la mitad de rapidez.

–¡Se lo enviaré a Bob Cratchit! –murmuró Scrooge, frotándose las manos y partiéndose de risa–. No sabrá quién se lo envía. Tiene dos veces el tamaño de Tiny Tim. ¡Joe Miller (2) nunca gastó una broma comparable a la de enviarle ese pavo a Bob!

La mano con que escribió la dirección no era muy firme; pero de un modo u otro la escribió. Y bajó las escaleras para abrir la puerta de la calle, esperando la llegada del tendero de la pollería. Mientras estaba allí, aguardando, se fijó en el aldabón.

–¡Lo querré mientras viva! –exclamó Scrooge, acariciándolo con su mano–. Antes apenas había reparado en él. ¡Qué expresión de honradez hay en su cara! ¡Es un aldabón maravilloso! ¡Ah, aquí está el pavo! ¡Hola! ¿Cómo está usted? ¡Felices Pascuas!

¡Aquello sí que era un pavo! Aquel ave nunca habría podido mantenerse sobre sus patas. Se le hubieran quebrado al instante, como barritas de lacre.

–Vaya, es imposible llevar esto a Camden Town –dijo Scrooge–. Necesitará un coche de alquiler.

La risita con que dijo esto, la risita con que pagó el pavo, la risita con que pagó el coche de alquiler y la risita con que recompensó al muchacho sólo fueron superadas por la risita ahogada con que se sentó de nuevo en su silla; risita que duró hasta que, de nuevo, se echó a llorar.

Afeitarse no le fue tarea fácil, pues su mano continuaba temblando mucho; y afeitarse requiere atención, aun cuando uno no baile mientras se afeita. Pero si se hubiera cortado la punta de la nariz, se habría puesto encima un trozo de esparadrapo y se habría quedado tan satisfecho.

Las gentes, a esa hora, pululaban por todas partes, como ya lo había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente; paseando con las manos a la espalda, Scrooge miraba a todo el mundo con una placentera sonrisa.

Se vistió "con sus mejores galas" y, por fin, salió a la calle. Las gentes, a esa hora, pululaban por todas partes, como ya lo había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente; paseando con las manos a la espalda, Scrooge miraba a todo el mundo con una placentera sonrisa. En una palabra: parecía tan irresistiblemente feliz que tres o cuatro individuos joviales le abordaron: "¡Buenos días, señor! ¡Que tenga unas Felices Pascuas!". Y Scrooge, pasado el tiempo, aseguraría con frecuencia que, de todos los sonidos jubilosos que oyera en su vida, aquéllos fueron los más gratos a sus oídos.

No había ido muy lejos cuando observó que venía en dirección contraria el distinguido caballero que le había visitado el día anterior en su despacho y le había dicho: "¿Scrooge y Marley?, supongo". Sintió angustia en su corazón al pensar cómo le miraría ese anciano caballero cuando ambos se cruzaran; pero Scrooge sabía qué camino le conduciría directamente hasta él, y lo tomó.

–Mi querido señor –dijo Scrooge, apresurando el paso y estrechando entre las suyas la mano del anciano caballero, ¿cómo está usted? Espero que ayer obtuviera éxito en su tarea. Fue muy humanitario por su parte. ¡Felices Pascuas, señor!

–¿El señor Scrooge?

–Sí –respondió Scrooge–. Ese es mi nombre, y temo que no le agrade mucho oírlo. Permítame que le pida perdón. Y tenga usted la bondad... –y, aquí, Scrooge cuchicheó a su oído. –¡Dios me bendiga! –gritó el caballero, como si le faltara el aliento-. Mi querido señor Scrooge, ¿habla usted en serio?

–Si usted no tiene inconveniente –dijo Scrooge–. Ni un cuarto de penique menos. En esa cifra van incluidos muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Querrá usted hacerme ese favor?

–Mi querido señor –dijo el otro, estrechándole la mano–, no sé qué decir para agradecerle tanta genero...

–No diga nada, por favor –le interrumpió Scrooge–. Venga a visitarme. Vendrá usted, ¿verdad?

–¡Iré! –exclamó el caballero. Y estaba claro lo que esto significaba para él.

–Gracias –dijo Scrooge–. Le estoy muy agradecido. Le doy mil veces las gracias. ¡Que Dios le bendiga!

Fue a la iglesia y paseó por las calles, y contempló a las gentes que iban y venían presurosas, y acarició las cabezas de los niños, y charló con los mendigos, y miró, por las ventanas de los sótanos, las cocinas de las casas, y escudriñó el interior por las de la planta baja; y descubrió que todo le producía placer. Nunca había imaginado que un paseo –que nada– le proporcionara tanta felicidad. A primera hora de la tarde encaminó sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó una docena de veces por delante de la puerta, antes de atreverse a subir y llamar. Pero, al fin, se decidió y llamó:

–¿Está el señor en casa, hija mía? –preguntó Scrooge a la criada–. ¡Guapa muchacha! Muy guapa.

–Sí, señor.

Canción de Navidad

Por Charles Dickens

En realidad, para tratarse de un hombre que no había practicado la risa durante muchos años, fue una carcajada espléndida, una carcajada de lo más ilustre: progenitura de una larga, larga serie de brillantes carcajadas.

Sí! Y la columna era la de su cama. La cama era su propia cama, y el dormitorio, el suyo. ¡Y lo mejor y más venturoso de todo era que el tiempo que tenía por delante, para enmendarse, también era suyo!

–¡Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro!–repitió Scrooge, saltando de la cama–. Los tres espíritus actuarán dentro de mí. ¡Oh, Jacob Marley! ¡Alabados sean por ello el Cielo y la Navidad! ¡Lo digo de rodillas, viejo Jacob, de rodillas!

Estaba tan nervioso y tan entusiasmado con sus buenos propósitos que su voz quebrada apenas podía expresarlos. Había sollozado intensamente en su pugna con el espíritu y tenía el rostro empapado de lágrimas.

–¡No las han arrancado! –exclamó Scrooge, tomando entre sus brazos una de las cortinas de la cama–. No las han arrancado, ni tampoco las anillas. Están aquí. Yo también estoy aquí. Las sombras de las cosas que habrían sucedido pueden disiparse. Y se disiparán. ¡Claro que sí!

Estaba, mientras tanto, ocupado en vestirse: volvía las prendas del revés, se ponía lo de arriba para abajo, las rompía, se las colocaba mal, haciéndolas partícipes de toda clase de extravagancias.

–¡No sé lo que hago! –dijo Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo y enredándose en sus medias como un perfecto Laocoonte (1). Me siento tan ligero como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Estoy tan aturdido como un borracho. ¡Felices Pascuas a todos! ¡Feliz Año Nuevo a todo el mundo! ¡Eh, aquí! ¡Yuupi! ¡Hola!

Había entrado, brincando, en su cuarto de estar, y ahora se encontraba allí, resoplando con fuerza.

–¡Aquí está la cacerola con las gachas! –exclamó saltando de nuevo y brincando alrededor de la chimenea–. ¡Esta es la puerta por la que entró el fantasma de Jacob Marley! ¡En este rincón se sentó el espectro de la Navidad presente! ¡Por esta ventana vi a los espíritus errantes! ¡Todo está bien, todo es cierto, todo ha sucedido de verdad! ¡Ja, ja, ja!

En realidad, para tratarse de un hombre que no había practicado la risa durante muchos años, fue una carcajada espléndida, una carcajada de lo más ilustre: progenitura de una larga, larga serie de brillantes carcajadas.

–¡No sé qué día del mes es hoy! –dijo Scrooge–. No sé cuánto tiempo he pasado entre los espíritus. No sé nada. Soy como un niño. No importa. No me preocupa. Prefiero ser un niño. ¡Eh! ¡Yuupi! ¡Hola, aquí!

Fue interrumpido en sus transportes de alegría por el repique de campanas más gozoso que oyera en su vida. Golpea, tintinea, martillea, din, don, suena la campana. ¡Suena la campana, din, don, martillea, tintinea, golpea! ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

Corrió a la ventana y, abriéndola, sacó la cabeza al exterior. Ni niebla, ni bruma; un día claro, radiante, jovial, excitante, frío; cálido, si hervía la sangre; luz dorada del sol; cielo divino; dulce aire fresco; alegres campanas. ¡Oh, qué magnífico, qué magnífico!

–¿Qué día es hoy? –gritó Scrooge a un muchacho con traje de domingo, que tal vez se había demorado para observarle.

–¿Qué? –respondió el muchacho con una expresión de absoluto asombro.

–¿Qué día es hoy, amiguito? –repitió Scrooge.

–¿Hoy? –replicó el muchacho–. Hoy es Navidad.

–¡Es Navidad! –se dijo Scrooge–. Aún no me la he perdido. Los espíritus lo han hecho todo en una sola noche. Pueden hacer lo que quieren. Claro que pueden. Naturalmente que pueden. ¡Eh, amiguito!

–¿Qué? –respondió el muchacho.

–¿Conoces la pollería, no la que está en la esquina de esta calle, sino en la siguiente?

–Creo que sí –contestó el chico.

–¡Inteligente muchacho! –dijo Scrooge–. ¡Extraordinario muchacho! ¿Sabes si han vendido ya el pavo que estaba allí colgado? No el pavo pequeño; el grande.

–¿Cuál: uno tan grande como yo? –respondió el muchacho. –¡Qué muchacho más agradable! –dijo Scrooge–. Da gusto hablar con él. ¡Sí, jovencito!

–Aún sigue allí colgado –contestó el muchacho.

–¿Aún está allí? –dijo Scrooge–. Ve y cómpralo.

–¡Vamos, ande! –exclamó el muchacho.

–No, no –repuso Scrooge–, te lo digo en serio. Ve y cómpralo, y diles que lo traigan aquí para que pueda darles la dirección a donde tienen que llevarlo. Vuelve con el tendero, y te daré un chelín. ¡Y si vuelves con él en menos de cinco minutos, te daré media corona!

El muchacho salió disparado como una bala. Habría de tener la mano firme en el gatillo quien pretendiera disparar una bala con la mitad de rapidez.

–¡Se lo enviaré a Bob Cratchit! –murmuró Scrooge, frotándose las manos y partiéndose de risa–. No sabrá quién se lo envía. Tiene dos veces el tamaño de Tiny Tim. ¡Joe Miller (2) nunca gastó una broma comparable a la de enviarle ese pavo a Bob!

La mano con que escribió la dirección no era muy firme; pero de un modo u otro la escribió. Y bajó las escaleras para abrir la puerta de la calle, esperando la llegada del tendero de la pollería. Mientras estaba allí, aguardando, se fijó en el aldabón.

–¡Lo querré mientras viva! –exclamó Scrooge, acariciándolo con su mano–. Antes apenas había reparado en él. ¡Qué expresión de honradez hay en su cara! ¡Es un aldabón maravilloso! ¡Ah, aquí está el pavo! ¡Hola! ¿Cómo está usted? ¡Felices Pascuas!

¡Aquello sí que era un pavo! Aquel ave nunca habría podido mantenerse sobre sus patas. Se le hubieran quebrado al instante, como barritas de lacre.

–Vaya, es imposible llevar esto a Camden Town –dijo Scrooge–. Necesitará un coche de alquiler.

La risita con que dijo esto, la risita con que pagó el pavo, la risita con que pagó el coche de alquiler y la risita con que recompensó al muchacho sólo fueron superadas por la risita ahogada con que se sentó de nuevo en su silla; risita que duró hasta que, de nuevo, se echó a llorar.

Afeitarse no le fue tarea fácil, pues su mano continuaba temblando mucho; y afeitarse requiere atención, aun cuando uno no baile mientras se afeita. Pero si se hubiera cortado la punta de la nariz, se habría puesto encima un trozo de esparadrapo y se habría quedado tan satisfecho.

Las gentes, a esa hora, pululaban por todas partes, como ya lo había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente; paseando con las manos a la espalda, Scrooge miraba a todo el mundo con una placentera sonrisa.

Se vistió "con sus mejores galas" y, por fin, salió a la calle. Las gentes, a esa hora, pululaban por todas partes, como ya lo había visto en compañía del espíritu de la Navidad presente; paseando con las manos a la espalda, Scrooge miraba a todo el mundo con una placentera sonrisa. En una palabra: parecía tan irresistiblemente feliz que tres o cuatro individuos joviales le abordaron: "¡Buenos días, señor! ¡Que tenga unas Felices Pascuas!". Y Scrooge, pasado el tiempo, aseguraría con frecuencia que, de todos los sonidos jubilosos que oyera en su vida, aquéllos fueron los más gratos a sus oídos.

No había ido muy lejos cuando observó que venía en dirección contraria el distinguido caballero que le había visitado el día anterior en su despacho y le había dicho: "¿Scrooge y Marley?, supongo". Sintió angustia en su corazón al pensar cómo le miraría ese anciano caballero cuando ambos se cruzaran; pero Scrooge sabía qué camino le conduciría directamente hasta él, y lo tomó.

–Mi querido señor –dijo Scrooge, apresurando el paso y estrechando entre las suyas la mano del anciano caballero, ¿cómo está usted? Espero que ayer obtuviera éxito en su tarea. Fue muy humanitario por su parte. ¡Felices Pascuas, señor!

–¿El señor Scrooge?

–Sí –respondió Scrooge–. Ese es mi nombre, y temo que no le agrade mucho oírlo. Permítame que le pida perdón. Y tenga usted la bondad... –y, aquí, Scrooge cuchicheó a su oído. –¡Dios me bendiga! –gritó el caballero, como si le faltara el aliento-. Mi querido señor Scrooge, ¿habla usted en serio?

–Si usted no tiene inconveniente –dijo Scrooge–. Ni un cuarto de penique menos. En esa cifra van incluidos muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Querrá usted hacerme ese favor?

–Mi querido señor –dijo el otro, estrechándole la mano–, no sé qué decir para agradecerle tanta genero...

–No diga nada, por favor –le interrumpió Scrooge–. Venga a visitarme. Vendrá usted, ¿verdad?

–¡Iré! –exclamó el caballero. Y estaba claro lo que esto significaba para él.

–Gracias –dijo Scrooge–. Le estoy muy agradecido. Le doy mil veces las gracias. ¡Que Dios le bendiga!

Fue a la iglesia y paseó por las calles, y contempló a las gentes que iban y venían presurosas, y acarició las cabezas de los niños, y charló con los mendigos, y miró, por las ventanas de los sótanos, las cocinas de las casas, y escudriñó el interior por las de la planta baja; y descubrió que todo le producía placer. Nunca había imaginado que un paseo –que nada– le proporcionara tanta felicidad. A primera hora de la tarde encaminó sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó una docena de veces por delante de la puerta, antes de atreverse a subir y llamar. Pero, al fin, se decidió y llamó:

–¿Está el señor en casa, hija mía? –preguntó Scrooge a la criada–. ¡Guapa muchacha! Muy guapa.

–Sí, señor.

–¿Dónde está, querida? –dijo Scrooge.

–Está en el comedor, señor, con la señora. Le conduciré arriba, si usted quiere.

–Gracias. El me conoce –dijo Scrooge, con la mano ya en el picaporte del comedor–. Voy a entrar, hijita.

Hizo girar el picaporte y, asomando la cabeza, miró a su alrededor. Ambos estaban contemplando la mesa (adornada con todo lujo), pues estos jóvenes amos de casa se ponen siempre nerviosos con tales detalles y les agrada comprobar que todo está bien.

–¡Fred! –dijo Scrooge.

¡Caramba, qué sobresalto se llevó su sobrina política! Scrooge había olvidado momentáneamente que ella estaba sentada en un rincón, con los pies en un escabel, pues de lo contrario no habría actuado así bajo ningún concepto.

–¡Dios bendito! –exclamó Fred–. ¿Qué es esto?

–Soy yo, tu tío Scrooge. He venido a comer. ¿Puedo quedarme, Fred?

¡Que si podía quedarse! Tuvo suerte de que no le arrancaran un brazo para sujetarlo. A los cinco minutos se sentía como en su propia casa. Ninguna acogida podría haber sido más cordial. Su sobrina le miraba de modo entrañable. Lo mismo hizo Topper, cuando llegó. Y la hermana regordeta, cuando vino. Y así hicieron todos los que fueron llegando. ¡Qué maravillosa reunión, qué maravillosos juegos, qué maravillosa armonía, qué ma-ra-vi-llo-sa felicidad!

Sin embargo, al día siguiente, se presentó muy temprano en la oficina. Oh, sí, estaba allí muy temprano. ¡Sólo si él llegaba el primero, sorprendería a Cratchit llegando tarde! Eso era lo que se había propuesto.

Y así lo hizo. ¡Sí, así lo hizo! El reloj dio las nueve. Bob no apareció. Las nueve y cuarto. Ni rastro de Bob. Se retrasaba ya dieciocho minutos y medio. Scrooge estaba sentado con la puerta de su despacho abierta, para poder ver a Bob entrar en su cubil.

Bob se quitó el sombrero antes de abrir la puerta; también, la bufanda. Ocupó su taburete en un santiamén y empezó a tirar de pluma, como si intentara recuperar el tiempo de retraso.

–¡Hola! –gruñó Scrooge, imitando como pudo el tono de voz con el que habitualmente hablaba–. ¿Qué significa eso de llegar aquí a estas horas? –Lo siento mucho, señor –dijo Bob–. Me he retrasado.

–¿Retrasado? –repitió Scrooge–. Sí, ya veo que se ha retrasado. Venga acá, por favor.

–Es sólo una vez al año, señor –se disculpó Bob, saliendo del cuchitril–. No se repetirá. Ayer me divertí un poco, señor.

–Ahora voy a decirle un par de cosas, amigo mío –dijo Scrooge–. No estoy dispuesto a tolerar por más tiempo esta situación. Por tanto -continuó, saltando de su taburete y dando a Bob tal empujón en la pechera que éste penetró de nuevo, bamboleándose, en el interior del cubil–; por tanto, ¡voy a subirle el sueldo!

Bob tembló y se acercó un poco más adonde tenía la regla. Por un momento tuvo la idea de golpear con ella a Scrooge, sujetarlo y llamar a los viandantes pidiendo socorro y una camisa de fuerza.

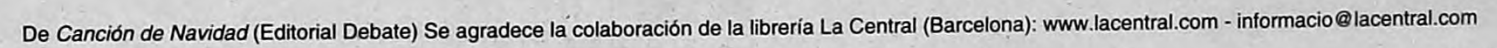
–¡Felices Pascuas, Bob! –dijo Scrooge con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas y dándole palmadas en la espalda–. ¡Felices Pascuas, Bob, mi buen compañero! ¡Las más felices que he podido desearle en muchos años! Le subiré el sueldo y haré todo lo posible por ayudar a su familia, y esta misma tarde hablaremos de sus problemas ante un buen vaso de ponche humeante. ¡Encienda las chimeneas y compre otro saco de carbón antes de que le vea escribir otra i, Bob Cratchit!

Scrooge fue aún mejor de lo que había prometido. Cumplió todo lo que había dicho e infinitamente más; y para Tiny Tim, que no murió, fue como un segundo padre. Llegó a ser tan buen amigo, tan buen patrono y tan buen hombre como el mejor que hubiera conocido la vieja ciudad o cualquier otra vieja ciudad, urbe o villa de este viejo mundo. Algunas personas se rieron al ver su transformación; pero él las dejaba reír y les prestaba muy poca atención, pues era lo suficientemente sabio para comprender que, en este mundo, nada había sucedido, por bueno que fuese, que no hubiera hecho reír al principio a algunas gentes; y, sabiendo que tales gentes siempre estarían ciegas pensaba que era preferible que anduvieran guiñando los ojos con muecas, a que mostraran sus dolencias de forma menos atractiva. Su propio corazón reía; y eso le bastaba.

No volvió a tener tratos con espíritus, pero vivió durante mucho tiempo según el principio de la más absoluta sobriedad; y siempre se dijo de él que sabía celebrar la Navidad como nadie, si es que algún ser vivo poseyó alguna vez esa sabiduría. ¡Ojalá pueda decirse lo mismo de nosotros, de todos nosotros! Y así, como dijo Tiny Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos!

(1) Sacerdote troyano que intentó disuadir a sus compatriotas de que metieran el caballo de madera en el interior de Troya. La diosa Atenea hizo que dos grandes serpientes salieran del mar y se enrollaran en torno de Laocoonte y sus dos hijos hasta matarlos. *(N. del E.)*

(2) *Joe Miller*: Joseph o Josiah Miller (1684-1738) fue un famoso actor y humorista de gran éxito popular, convirtiéndose en proverbial la expresión "una broma de Joe Miller". *(N. del E.)*


De *Canción de Navidad* (Editorial Debate) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

vidad

–¿Dónde está, querida? –dijo Scrooge.

–Está en el comedor, señor, con la señora. Le conduciré arriba, si usted quiere.

–Gracias. El me conoce –dijo Scrooge, con la mano ya en el picaporte del comedor–. Voy a entrar, hijita.

Hizo girar el picaporte y, asomando la cabeza, miró a su alrededor. Ambos estaban contemplando la mesa (adornada con todo lujo), pues estos jóvenes amos de casa se ponen siempre nerviosos con tales detalles y les agrada comprobar que todo está bien.

–¡Fred! –dijo Scrooge.

¡Caramba, qué sobresalto se llevó su sobrina política! Scrooge había olvidado momentáneamente que ella estaba sentada en un rincón, con los pies en un escabel, pues de lo contrario no habría actuado así bajo ningún concepto.

–¡Dios bendito! –exclamó Fred–. ¿Qué es esto?

–Soy yo, tu tío Scrooge. He venido a comer. ¿Puedo quedarme, Fred?

¡Que si podía quedarse! Tuvo suerte de que no le arrancaran un brazo para sujetarlo. A los cinco minutos se sentía como en su propia casa. Ninguna acogida podría haber sido más cordial. Su sobrina le miraba de modo entrañable. Lo mismo hizo Topper, cuando llegó. Y la hermana regordeta, cuando vino. Y así hicieron todos los que fueron llegando. ¡Qué maravillosa reunión, qué maravillosos juegos, qué maravillosa armonía, qué ma-ra-vi-llo-sa felicidad!

Sin embargo, al día siguiente, se presentó muy temprano en la oficina. Oh, sí, estaba allí muy temprano. ¡Sólo si él llegaba el primero, sorprendería a Cratchit llegando tarde! Eso era lo que se había propuesto.

Y así lo hizo. ¡Sí, así lo hizo! El reloj dio las nueve. Bob no apareció. Las nueve y cuarto. Ni rastro de Bob. Se retrasaba ya dieciocho minutos y medio. Scrooge estaba sentado con la puerta de su despacho abierta, para poder ver a Bob entrar en su cubil.

Bob se quitó el sombrero antes de abrir la puerta; también, la bufanda. Ocupó su taburete en un santiamén y empezó a tirar de pluma, como si intentara recuperar el tiempo de retraso.

–¡Hola! –gruñó Scrooge, imitando como pudo el tono de voz con el que habitualmente hablaba–. ¿Qué significa eso de llegar aquí a estas horas? –Lo siento mucho, señor –dijo Bob–. Me he retrasado.

–¿Retrasado? –repitió Scrooge–. Sí, ya veo que se ha retrasado. Venga acá, por favor.

–Es sólo una vez al año, señor –se disculpó Bob, saliendo del cuchitril–. No se repetirá. Ayer me divertí un poco, señor.

–Ahora voy a decirle un par de cosas, amigo mío –dijo Scrooge–. No estoy dispuesto a tolerar por más tiempo esta situación. Por tanto -continuó, saltando de su taburete y dando a Bob tal empujón en la pechera que éste penetró de nuevo, bamboleándose, en el interior del cubil–; por tanto, ¡voy a subirle el sueldo!

Bob tembló y se acercó un poco más adonde tenía la regla. Por un momento tuvo la idea de golpear con ella a Scrooge, sujetarlo y llamar a los viandantes pidiendo socorro y una camisa de fuerza.

–¡Felices Pascuas, Bob! –dijo Scrooge con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas y dándole palmadas en la espalda–. ¡Felices Pascuas, Bob, mi buen compañero! ¡Las más felices que he podido desearle en muchos años! Le subiré el sueldo y haré todo lo posible por ayudar a su familia, y esta misma tarde hablaremos de sus problemas ante un buen vaso de ponche humeante. ¡Encienda las chimeneas y compre otro saco de carbón antes de que le vea escribir otra i, Bob Cratchit!

Scrooge fue aún mejor de lo que había prometido. Cumplió todo lo que había dicho e infinitamente más; y para Tiny Tim, que no murió, fue como un segundo padre. Llegó a ser tan buen amigo, tan buen patrono y tan buen hombre como el mejor que hubiera conocido la vieja ciudad o cualquier otra vieja ciudad, urbe o villa de este viejo mundo. Algunas personas se rieron al ver su transformación; pero él las dejaba reír y les prestaba muy poca atención, pues era lo suficientemente sabio para comprender que, en este mundo, nada había sucedido, por bueno que fuese, que no hubiera hecho reír al principio a algunas gentes; y, sabiendo que tales gentes siempre estarían ciegas pensaba que era preferible que anduvieran guiñando los ojos con muecas, a que mostraran sus dolencias de forma menos atractiva. Su propio corazón reía; y eso le bastaba.

No volvió a tener tratos con espíritus, pero vivió durante mucho tiempo según el principio de la más absoluta sobriedad; y siempre se dijo de él que sabía celebrar la Navidad como nadie, si es que algún ser vivo poseyó alguna vez esa sabiduría. ¡Ojalá pueda decirse lo mismo de nosotros, de todos nosotros! Y así, como dijo Tiny Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos!

(1) Sacerdote troyano que intentó disuadir a sus compatriotas de que metieran el caballo de madera en el interior de Troya. La diosa Atenea hizo que dos grandes serpientes salieran del mar y se enrollaran en torno de Laocoonte y sus dos hijos hasta matarlos. *(N. del E.)*

(2) *Joe Miller*: Joseph o Josiah Miller (1684-1738) fue un famoso actor y humorista de gran éxito popular, convirtiéndose en proverbial la expresión "una broma de Joe Miller". *(N. del E.)*



De *Canción de Navidad* (Editorial Debate) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

correspondencias

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

¿Cuál era su antiguo nombre?

1. Hawai — A. Sandwich
2. Zambia — B. Rodesia del Norte
3. Zaire — C. Rodesia del Sur
4. Zimbabwe — D. Congo Belga

Novelistas europeos

1. Gustave Flaubert — A. "Un cuarto propio"
2. Virginia Woolf — B. "Tatuaje"
3. José Saramago — C. "Memorial del convento"
4. M.V. Montalbán — D. "Madame Bovary"

Partes del cuerpo en el cine

1. "Los ojos de Laura Mars" — A. Frank Sinatra
2. "Mi pie izquierdo" — B. Faye Dunaway
3. "El hombre del brazo de oro" — C. D. Day-Lewis
4. "La mano que mece la cuna" — D. A. Sciorra

Islas

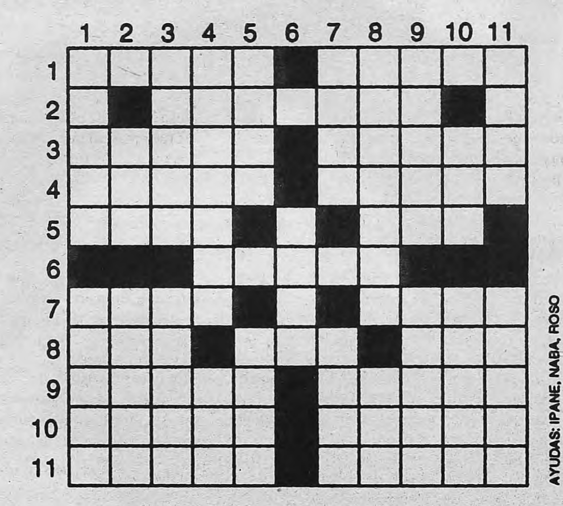
1. Córcega — A. Océano Atlántico
2. Man — B. Océano Pacífico
3. Pascua — C. Mar Mediterráneo
4. Bahamas — D. Mar de Irlanda

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

CAMBIAR DE RUMBO UNA EMBARCACIÓN
NÚMERO INFINITO
ADMINISTRES, DIRIJAS
HACE LA LLUVIA QUE SE TIENDAN LAS MIESES
DE LOS GODOS
BORDA UNA COSA EN REALCE
ORILLA DE UN RÍO
(RICHARD) ACTOR ESTADOUNIDENSE
COMIENZO, PRINCIPIO
TERRAZA DE UN EDIFICIO
(FEDERICO DE) ESCRITOR ESPAÑOL
PARTE DEL ARADO
TORTILLA MEXICANA
ESTADO DE LA INDIA
ELEVAN POR MEDIO DE UNA CUERDA
EXPRESIÓN DE ALEGRÍA
INGERÍ ALIMENTOS
EXCAVACIÓN LARGA
RECIPIENTES PARA HACER TÉ
CALZADOS MILITARES
IGNORANTE, TORPE
INDÍGENA FILIPINO
COCINARON A LAS BRASAS
ARTERIA MAYOR DEL CUERPO HUMANO
LEGISTA MAHOMETANO
RECIPIENTE PARA BEBER
NATURALEZA
ARTÍCULO, PARÁGRAFO
(THEDA) ACTRIZ
(BILLY) CANTANTE POP
JOROBA, CORCOVA
INTERJECCIÓN PARA ARREAR A LAS BESTIAS
UNIR CON SOGAS
EL QUE VENDE TAMALES
ASIENTO DE LA COLUMNA
GOLFO DEL MAR ARÁBIGO

crucigrama



HORIZONTALES

1. Rogar./ Planta cactácea que da el higo chumbo.
2. Sentido del olfato.
3. Destrozados, quebrados./ Ingieras un líquido.
4. Imanto./ Referido al aire.
5. Caí dando vueltas./ Treinta días.
6. Curva cerrada, simétrica y oblonga.
7. Montaña de Grecia./ Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida.
8. Humor que fluye de las llagas./ Terminación./ Onomatopeya que expresa ruido o golpe.
9. Oleaje./ Cavidad entre las costillas falsas y la cadera.
10. Hembra del caballo./ Niñas pequeñas.
11. De los huesos (fem., pl.)./ Maniátese.

VERTICALES

1. Figuradamente, producir, causar una cosa./ Sostén, soporte.
2. Prefijo: espalda./ Tejido delgado y transparente (pl.).
3. Asignad bienes./ Río de Estados Unidos.
4. Apropiados./ Repetido, sonido de la carcajada.
5. Sin pelos./ Desagradables, sin belleza (fem.).
6. Cacahuete.
7. Tonta./ (... Ricci) Famosa diseñadora.
8. Observemos desde lo alto./ Avión de reacción.
9. Necesitado, menesteroso./ Población de Paraguay.
10. Muchas letras "a"./ Indecisiones, irresoluciones.
11. Rasante./ Adorase.

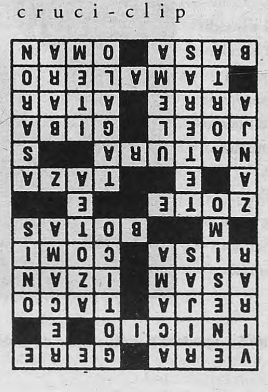


soluciones

correspondencias

¿Cuál era su antiguo nombre?: 1-A, 2-B, 3-D, 4-C. Novelistas europeos: 1-D, 2-A, 3-C, 4-B. Partes del cuerpo en el cine: 1-B, 2-C, 3-A, 4-D. Islas 1-C, 2-D, 3-B, 4-A.

cruci-clip



crucigrama

